MORALISCHE WOCHENSCHRIFTEN
Institut für Romanistik, Karl-Franzens-Universität Graz

Permalink: https://gams.uni-graz.at/o:mws-105-648

Cita bibliográfica: Joseph Álvarez y Valladares [José Clavijo y Faxardo] (Ed.): "Pensamiento XIX", en: *El Pensador*, Vol.2\019 (1762-1763), pp. 159-188, editado en: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): Los "Spectators" en el contexto internacional. Edición digital, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.589

Pensamiento XIX

Ya deben saber los que me leen, que mi natural curiosidad me conduce à todas partes à examinar del modo que puedo los vicios, y las ridiculeces de los hombres, que de algun tiempo à esta parte son mi unico estudio. Assi no debe causar admiracion verme introducido unas veces en las Tertulias, otras en los Estrados, algunas en el Passéo, y no pocas en la Comedia. Mi ánimo es aprender en la conducta de los hombres à reformar la mia, y bolverles para su correccion las lecciones, que ellos mismos me han dado.

Concurrì dias passados à una casa, donde havia cierto Español recien llegado de correr Cortes. Alegréme à los principios, porque me havia propuesto solicitar una con versacion particular con este Viagero, à fin de instruìrme en varios articulos tocantes à la policìa, gusto, y literatura de las Naciones, que èl acababa de tratar; pero me durò poco el gozo, que havia concebido en mi proyecto. Mi Español empezò à aturdirnos las cabezas con una declamacion tan descortès contra los Españoles, sus costumbres, y talentos, y à hacer tan grossero alarde de su parcialidad à favor de las Naciones Estrangeras, que no solo me hizo dudar si havria nacido en el seno de España, sino que me pareciò, que à qualquiera que tuviesse menos idèas de la utilidad de los viages, huviera sido capàz su desatento proceder de persuadirle, que estos solo sirven de pervertir el juicio, y hacer despreciables à los hombres.

Jamàs he dudado que los viages sean utiles à las Naciones. Los hombres son como las flores, y los arboles, que si no se trasplantan, rara vez logran aquellas toda su hermosura, y estos el dàr frutos sazonados. Los viages dilatan por precision las facultades del alma, la apartan de muchas preocupaciones nocivas al bien de la sociedad, y la hacen conocer puntos fundamentales de observacion, y de conducta, que no llegan à nuestra noticia, quando no salimos del rincon, en que hemos nacido, ò quando solo conocemos à los Estrangeros por los Libros.

Un hombre, que viaja, se halla precisado à vèr, y tratar Naciones, de quienes puede aprender mucho, y cuya cultura, urbanidad, è industria lo han de admirar muchas veces, por mas estúpido que lo supongamos. Un Viagero debe andar siempre, por decirlo assi, con la combinacion en las manos: observar el gobierno de los Pueblos por donde passa; y enterarse de los varios systémas de legislacion, de que proviene la discrepancia de las Naciones. Merecen ocupar su atencion la naturaleza, y espiritu de las Leyes, los medios puestos en práctica para hacerlas observar: el poder de los Pueblos, y los principios de que dimana: las causas de su decadencia, y el influxo, que todo esto tiene sobre el papel que hace una Nacion entre las demàs, que forman con ella un systéma politico.

No solo reduce à estos puntos sus observaciones el que viaja con animo de lograr una instruccion util à su patria. Examìna con igual cuidado las Artes, y Ciencias, que florecen en los Paìses, que vè: averigua la proteccion, y fomento, que encuentran en el gobierno: el uso, que éste hace de la aplicacion de los particulares: el arte, con que sabe dirigirla al fin de su constitucion; y sobre todo procura indagar quál es el talento dominante de cada Pueblo. Un hombre, que huviere viajado de esta manera, puede ser de grande utilidad en la República: de buelta de su gyro debe conocer mejor à su misma Nacion: con la facilidad de combinar, que ha de haver adquirido combinando continuamente en sus viages, compara lo que ha visto fuera con lo que se practìca en su Paìs: vè lo que le falta, y lo que le sobra: toma de cada Pueblo lo que le parece mas digno de ser imitado, y mas análogo al genio de sus compatriotas; y acierta mejor con los medios, que han de contribuìr à una reforma, que introduzca lo que falta, y destierre lo que daña.

Pero es menester confessar, que quanto mas apreciable es un hombre que viaja con estos objetos, tanto mas escaso es entre nosotros el numero de los Viageros, que se le parecen. La mayor parte de nuestros Españoles, que vàn à correr Cortes, como suelen decir, salen de su Paìs sin principio alguno, que les ponga en parage de sacar provecho de sus carabanas. Apenas hay algunos, que se hayan tomado el trabajo de conocer à su Nacion antes de ir à visitar las estrañas. Este es un punto mas importante de lo que parece para nosotros, que en todas partes

somos igualmente despreciados, que poco conocidos. Un Español, que se propone viajar, ademàs de las miras comunes à todo viagero sensato, debe tener la de contribuìr por su parte à borrar el bajo concepto, que tienen de nosotros los Estrangeros. No es esto impossible, ni es dificil, como lo presumen algunos. Añada el Español à una cortesanìa regular, que bien puede adquirir entre los suyos, un conocimiento mediano de los Escritores, que en otros tiempos ilustraron à España, y de los Libros publicados con objeto à desterrar algunos abusos, que reynan en ella, y con esto harà callar à aquellos Estrangeros superficiales, y atrevidos, que confundiendo los tiempos, y el tronco con las ramas, nos consideran como hombres, que nunca pensaron, y como fomentadores obstinados de algunos males, cuyo remedio nunca estuvo en nuestra mano. Por esto no culpo del todo à los Estrangeros, que nosotros mismos trabajamos poco en desimpressionar. ¿Què pueden pensar en efecto de nosotros, quando vèn à un Español, que ha salido de su tierra con la doble certeza de la mala crianza civil, y literaria, que se le ha pegado en los patios de un Colegio, ò entre los pedantescos alborotos de una Universidad? ¿Quando vèn que nuestra conducta dà credito à tanta relacion hecha por algunos viageros de otras Naciones, que haviendo venido à España solo por ganar dinero, no pensaron mientras estuvieron aqui, sino en averiguar si eran de ley los doblones, que cayeron en sus manos?

Siendo de esta casta casi todos los Españoles, que viajan, no es de estrañar el verlos à su buelta menos cuidadosos de ser utiles à su patria, que de tener el pelo bien rizado, ò de llevar un peluquin peinado *en ala de pichon, en grana de espinacas, ò à la Rhinoceronte*. Los Estrangeros, que en su tierra nos vèn unicamente pagados de sus frivolidades, tienen demasiada razon de despreciarnos à todos, y de añadir al baxo concepto de la Nacion en general, el desprecio personal del mono, que no piensa sino en remedar los fatuos, que no faltan entre ellos. Esto hace vèr sobradamente, que nuestros *corredores de Cortes* no toman de las demás Naciones sino sus ridiculeces, como lo dicen algunos Españoles respetables, à quienes la solidèz de su juicio hace dàr por nuestros mozalvetes el connotado de hombres del tiempo del Cid, y de calzas atacadas.

Me persuado á que hallaràn bastante fundada esta critica muchos de los que leen mis Pensamientos, y que vèn en los estrados algunos de nuestros viageros. Me tienen tan exasperado sus monerías, que creo merecerian mas bien ser el objeto de una satyra, que el de simples reflexiones. Yo vèo tan melindrosos á la mayor parte, que parece han perdido fuera de nuestro continente el carácter varonìl de su sexo; y tanta repugnancia muestran de nuestras costumbres, aun de las buenas, (porque estos monos no distinguen) que todo su cuidado se ha puesto en desnaturalizarse.

Uno, destinado por su nacimiento á vivir en la simplicidad de un pobre Aldeano, và, por una inesperada casualidad, á un Reyno Estrangero, donde hay en efecto mucha instruccion, y grande delicadeza en el trato civil. Con la mansion de algunos años en aquella tierra no pudo avivarse su genio, naturalmente torpe, ni supo aprender siquiera á saludar con despejo. Nada de bueno se le pegò, porque le faltaba entendimiento para conocerlo, ni llegò á saber dár sin tropiezo los buenos dias en la lengua de la Nacion adonde fuè embiado. Bolviòse á España, contemplandose como un modélo de urbanidad, haciendola consistir en andar vestido con extrañeza, y de un modo que lo distinga de los mas asseados, y curiosos entre sus compatriotas. Tan opuestas hallò á sus idèas las capas, que se estilan en esta Corte, (de las que no pretendo ser defensor) que sufocado con sola su vista, cayò enfermo. Los Medicos no podian averiguar la causa de su dolencia, y la havrian ignorado para siempre, si el peligro en que le puso por esto mismo el desacierto en los remedios, no le huviera precisado á decir, que era impossible á un hombre como èl, estár bueno en Madrid mientras huviesse hombres vestidos de capa.

Llega de Inglaterra, adonde le embiaron sus padres para imponerse en la especulacion, y práctica del Comercio, un joven: su genio bastante altanero le hizo despreciar las idèas de su familia; y la locura de su genio, que èl solo calificaba de festivo, le apartò en Londres del trato de aquellos hombres profundos, y meditativos, que hay alli en abundancia, y le reduxo à vivir entre algunos troneras, con quienes aprendiò las sutilezas del vicio, y las alucinaciones de una disparatada politica. Con esta séria ocupacion discurriò haver adquirido el derecho de despreciar quanto hay en el mundo, á excepcion de quatro Gacetas, que hablan de gobierno, y en las que se hallan, á su parecer, los fundamentos de la pública felicidad, y de la reforma de su Nacion. Concurrì con èl á varias casas, donde se baldonaban con gracejo sus disparates. Tuvimos algunos amigos de su padre la caridad de hacerle conocer lo ridiculo de su conducta, y aguantabamos el que nos mirasse con lastima, y nos respondiera con fiereza. Deseabamos todos su bien; y la misma viveza de su genio, que le havia perdido, nos esperanzaba de que lo bolveriamos al buen camino. Pero renunciamos á su conversion y resolvimos dexarlo entregado á sus

manìas, despues que se enfadò agriamente con nosotros un dia que quisimos impugnar ciertas proposiciones de un Libro, que destinaba á la Imprenta, cuyo titulo decia assi: *Coleccion de arbitrios para hacer que cada Español sea mas rico que el Rey de Francia*.

Otro joven fuè á Italia con animo de instruirse en el estudio de las Antiguedades. Esperabamos sacar mucho provecho de sus adelantamientos algunos amigos suyos, para averiguar algunos puntos de la historia antigua, que desde acá no podiamos aclarar. Fuimos á su casa luego que supimos su llegada. Quedamos aturdidos al vèr que nos saludò cantando, y que sin darnos lugar de hacerle la menor pregunta, se puso á cantar una aria detestable, cuya musica hacia aun mas desapacible su ignorancia en este Arte. Sufrimos esta descarga, hasta que cansados de vèr que no cessaba, le interrumpimos para que nos enseñasse la coleccion, que discurriamos havria hecho. Mandò traher al instante dos cofres llenos de *gigas, adagios, allegros, andantes, y arias* de bastante mal gusto. No traygo otra cosa, nos dixo. Esto es vivir: mas feliz es un Capòn, que passa su vida en andar de aria en aria, que todos los literatos del mundo. *Il Castrato* solo es hombre de provecho; y viva la Italia.

Semejantes ridiculeces se encontraràn en los viageros, mientras estos ignoren, que para instruirse no basta vèr tierras, y que es necessario saber viajar. Para observar se necessita tener ojos: para observar bien, discernimiento. Hay muchas personas, à quienes los viages ins-truyen menos que los Libros: ignoran el arte de pensar: su espiritu en la lectura và guiado por el Autor, y en los viages no pueden dirigirse ellos à sì mismos. A mas de esto, los viages no convienen à todas personas, ni à todas edades. En unas serìa inutil el viajar, y en otras pernicioso. Se necessita en el viagero firmeza para oìr las lecciones del error, sin dexarse seducir, y para vèr los exemplos del vicio, sin que estos lo arrastren. Qualquiera que ha corrido el mundo, es à su buelta lo que serà toda la vida. Por un hombre, que ha aprovechado en los viages, vemos muchos, que han perdido su tiempo, y el dinero suyo, ò ageno. Los jovenes, mal educados por lo regular, y sin mas guia, que su capricho, contrahen en sus viages todos los vicios de las Naciones, que frequentan, y casi ninguna de las virtudes, de que estàn mezclados. Quieren luego darse por hombres de importancia, y decidir en todas las materias. Sientan el principio, ò lo encuentran establecido, de que los viages son el unico medio de formar el espiritu, y suponer el suyo yà formado, y con derecho à resolver magistralmente. Las gentes gustan generalmente de novedades: oyen muchas à nuestros viageros; y sin examinar su solidèz, ni su verdad, creen, y quieren adoptar ciegamente las ficciones de estos falsos oraculos. A cada uno lo creen un Platòn, ò un Pythagoras, sin reflexionar, que yà no se encuentra esta casta de observadores; y que si se halla alguno, no es entre nosotros, ò en nuestra edad, por mas que los Estrangeros atribuyan à nuestra Nacion, y à la Inglesa el talento de saber viajar mas utilmente que las otras.

Si nuestros compatriotas supiessen, que Platòn, y Pythagoras hicieron sus viages à piè, observando en cada pedazo de tierra donde ponian las plantas, las riquezas de la naturaleza, y que los viageros de nuestra edad observan corriendo la posta, y embutidos en un coche, bastarìa esto para que desconfiassen de sus observaciones. ¿Y què serìa, si tuviessen noticia de que la mayor parte de estos pierden su tiempo corriendo de Ciudad en Ciudad, de Palacio en Palacio, y de bayle en bayle, y que aun los mas aplicados suelen contentarse con vèr Bibliothecas, visitar antiguedades, y copiar inscripciones? En efecto, los mas emplean su tiempo en cosas de poca importancia. No observan en cada Paìs la edad presente, sino solo los siglos passados; y viene à sucederles lo mismo, que si en Londres quisiessen observar las costumbres de los Calmucos. De suerte, que despues de haver corrido la Europa, entregados al conocimiento, è investigacion de materias frivolas, buelven à su Paìs perdido el tiempo, mal gastado su dinero, y sin proporcion para ser utiles à su Patria. ¿Han visto mucho Paìs, caminado muchos centenares de leguas, entrado en muchissimas possadas, y reconocido cantidad de Ciudades, Villas, Lugares, y Campanarios? Esto basta. Vè aqui un viagero perfecto, que se cree con todo el talento necessario para dár tajos, y rebeses en las materias mas delicadas, y mas importantes al bien del Estado.

Para evitar en lo possible los abusos, que frequentemente cometen los viageros, quisiera yo, que antes de emprender estos su peregrinacion, se hallassen adornados de aquella politica, amenidad de espiritu, dulzura, y arte de ganar las voluntades, que son tan essenciales para hacerse estimar en el comercio del mundo, y que solo se adquieren en la juventud. Tambien quisiera que tuviessen algun conocimiento de literatura, posseyessen algunas de las Lenguas vivas, y se huviessen formado un cierto estilo para la conversacion, y los escritos, que sin ser el que ordinariamente se llama florido, lleno de tropos, y figuras, tuviesse gracia, y energìa. Con estos principios tendrà bastante qualquiera para hacerse un buen lugar entre las gentes: circunstancia, sin la qual es impossible

aprovechar en los Paìses estrangeros, donde el nacimiento, la riqueza, y otras ventajas accidentales, son inutiles para lograr ser admitido en la buena sociedad, si el merito personal no las acompaña.

En los objetos, que debe proponerse un viagero, no se puede dàr regla fija. Estos varìan á proporcion de su inclinacion, ò de sus uces. Los unos se aplicaràn à investigar el modo de pulir una Nacion: los otros à la Navegacion, y al Comercio: estos à examinar el origen, y medios de mantener la opulencia de un Estado; y aquellos à indagar sus fuerzas, y los motivos de su decadencia. Las manufacturas, los varios ramos de hacienda, el ceremonial, las alianzas, y tratados, los cálculos politicos, las leyes, y el buen orden de la sociedad, son materias à que deben aplicarse los viageros, cada uno segun su inclinacion, y estado en que se hálle colocado. Pero no basta dedicarse à estas materias: es preciso el méthodo. De lo contrario solo se tomarian unas nociones generales, que poco, ò nada servirian en la práctica. Por exemplo, si el que se dedicasse al estudio de la conservacion de la sociedad, y del buen orden, que debe reynar en ella, se contentasse con saber, que todas las partes de un cuerpo politico deben estàr acordes, sin oponerse, ni confundirse, y que los hombres que hacen parte de una Nacion, tienen entre sì ciertos lazos mas íntimos, que los que inspira la sociedad en general, y que estos les imponen obligaciones, sagradas entre todos los Pueblos, este hombre nada havria adelantado: sabrìa los principios, de que depende en gran parte la felicidad de las Naciones; pero ignorarìa los medios de procurar á la suya esta felicidad. Para lograrla serìa preciso que supiesse, que todo hombre, considerado como miembro de la sociedad, tiene obligaciones que cumplir para con Dios, para con su Soberano, para consigo mismo, y para con sus Conciudadanos: que el primer cuidado para mantener la sociedad debe ser el de aumentar, y conservar el numero de los que la componen: que la verdadera fuerza del Estado consiste en la muchedumbre de sus habitantes; y los medios de lograrla: los estragos que causa en una Nacion la corrupcion de costumbres, y sobre todo la licencia en ciertos vicios: la utilidad, que produce el tener fundaciones para huerfanos, y expositos: el beneficio de atraher Colonias estrangeras, y el daño de embiarlas á Regiones distantes: que la miseria destruye los hombres, y es causa de las emigraciones, de las enfermedades epidemicas, de los robos, y de otros innumerables males, que arruinan el Estado: que la verdadera caridad pide que haya establecimientos para socorro de los caducos, enfermos, y demás impedidos de procurar su subsistencia; y que esta misma quiere estèn cerrados todos los asylos à la mendiguèz vagabunda, que debe ser el objeto de nuestra indignacion: la necessidad de imponer leyes severas contra los destructores de la sociedad, y de colmar de beneficios à los que inventan alguna cosa util para la conservacion de los hombres, ò del Estado: la severidad inflexible contra las malas costumbres, y quánto importa hacer observar en los Pueblos la buena fé, la modestia, el reconocimiento, la humanidad, y otras virtudes morales, de que depende la buena policìa; y finalmente, las utilidades, que trahen à la sociedad los Positos, las Postas, los buenos caminos, los canales, y otros establecimientos, que sirven à su comodidad.

De este modo deben observar los viageros, en cada uno de los ramos, à que se les destine, ò à que los conduzca su genio, y entonces nadie havrà que pueda dudar la utilidad de los viages. Pero assi como estos serán entonces essencialmente utiles, y aun necessarios, assi tambien deberà ser uno de los primeros cuidados, que los viageros no sean muy jovenes. Las observaciones, que hacen los hombres antes de tener maduro el juicio, ò son poco exactas, ò se dirigen à objetos frivolos. Para conocer lo que hay en los Paìses estrangeros, es forzoso saber antes lo que hay en el nuestro, raciocinar con solidèz, y posseer un espiritu de reflexion, que rara, ò ninguna vez se encuentra en los pocos años.

Mas no todo el Pensamiento se lo han de llevar los viageros: el modo, con que acà acostumbramos recibir las luces adquiridas por tal qual, que ha viajado como Philosopho, merece tambien su parrafo. Entre nosotros han tomado algunos yà por estrivillo el tratar de Hereges à los que leen Libros, ò han corrido Paìses Estrangeros. Si uno de estos procura sacarnos de alguna de aquellas preocupaciones, que nos salieron al encuentro al empezar à tener uso nuestra razon, y que ordinariamente suelen acompañarnos el resto de la vida, al instante levantan el grito los ignorantes, y lo dán por sospechoso en la Religion. ¿Pero esto acaece solo quando se controvierte algun punto dogmatico? No por cierto: en todas materias sucede lo mismo. Los necios tienen un amor proprio, mas tenáz que todos los demás hombres: miran como desayre el que se les haga conocer, que han vivido en error; y estiman mas continuar en èl, á pesar de la razon, que dár su brazo á torcer, como suelen decir. ¿Vense atacados en alguna materia? ¿No hallan modo de salir victoriosos del lance, ò porque las razones del antagonista son tan sólidas, que no admiten réplica, ò porque su falta de instruccion no les permite replicar? El modo de quedar ayrosos les es muy facil. Acogense al sagrado de la Religion: tratan á su contrario de *Athèo*: declaman contra las

ruinas, que ocasiona la lectura, y la comunicacion de gentes, y libros estraños; y el vulgo, con quien suelen estàr acreditados, no solo les dá por suyo el campo de batalla, sino que mira al contrario con el mismo oprobrio, que merecerìa, si fuere cierta la calumnia. Delante de semejantes gentes necessita un viagero, ò un hombre instruìdo, ir con mucho tiento en las materias, que tráte. Solo el oirle hablar de *oscilacion, cohesion de partes, fuerzas centrales, percusion directa, ù obliqua, fibras elasticas*, ù otros semejantes terminos de la Physica, basta, y aun sobra para que lo declaren rotundamente por Herege, ò lo destinen al infierno, como hizo nuestro Quevedo con el Abad Trithemio, por su inocente Esteganographia, que creyò invocacion de espiritus infernales. Tan ridiculos como esto suelen ser nuestros compatriotas, à quienes tiene cuenta tal vez fomentar la ignorancia, aborreciendo todo quanto pudiera contribuìr á desterrarla. Hombres, que miran como vanos los principios de las Ciencias naturales, que nunca llegaron á saludar, y como peligrosos sus adelantamientos: que no saben el cuidado, con que muchos de los Santos Padres procuraron cultivar sus entendimientos con el estudio de las Ciencias profanas: que ignoran, que en Francia, Alemania, y aun en Inglaterra, hay Catholicos, igualmente fervorosos, que ilustrados; y que en Italia, y en Roma mismo, Capital del Orbe Christiano, y centro de nuestra Religion, se cultivan, y promueven aquellas Ciencias, que ellos se esmeran en despreciar, y perseguir: hombres por fin, en cuyo concepto son inseparables la advertencia, y la impiedad, è incompatibles el Catholicismo, y la ilustracion.

¿Quándo llegará el dia, en que tengamos juicio, y discernimiento, y en que, sin ser esclavos de la necia credulidad, ni de la preocupacion, mirémos las cosas con ojos Philosophicos? Yo no lo sè. Bien podria hacer alguna profecìa politica, que tal vez no saldria errada; pero esto de profetizar no es para un Pensador.